

# El bibliotecario VARGAS LLOSA



y sus múltiples relaciones  
matrimoniales

*El vínculo de Vargas Llosa con las bibliotecas ha sido siempre matrimonial. Me explico. Juan Carlos Onetti, ese eterno desorganizado y compulsivo, bromeaba con Mario diciéndole que el peruano tenía una relación matrimonial con la literatura, llena de horarios, obligaciones, disciplina y compromiso, mientras que la suya era adulterina, que solo respondía a la llamada del placer, del gusto, de la transgresión y de la ausencia de compromisos. El uruguayo escribía cuando, como y donde le daba la gana. Para Mario Vargas Llosa, las bibliotecas están ligadas al trabajo de escritor, ya que una buena parte de sus novelas y artículos han sido escritos en decenas de bibliotecas de todo el mundo. Además, de 1955 a 1958 trabajó como bibliotecario en la del Club Nacional de Lima, aquella institución que por entonces era el símbolo de la aristocracia y la oligarquía del país andino, y que sigue manteniendo, hoy día, su centenario prestigio.*

**E**ran tiempos difíciles para un adolescente que nunca se había llevado bien con su padre, desde que él apareció en su vida cuando Mario tenía 9 años, que había sido internado por el progenitor en una dura escuela militar y cuyas relaciones habían por fin estallado como un obús cuando el hijo dio la noticia de que se había casado con una tía suya, trece años mayor que él. Los recién casados, en secreto, marcharon a un peculiar viaje de novios, pero tuvieron que volver precipitadamente cuando el padre de Mario se presentó con una pistola en casa de un amigo de su hijo que lo sabía todo. Hubo encuentro en la comisaría de Miraflores. Mario no había vuelto a casa de sus padres sino de sus abuelos, y evitaba coincidir con el portador de la pistola, para garantizar su integridad física. Don Ernesto amenazó con denunciar a la tía por corrupción de menores, pero Mario tenía ya 19 años y nada podía hacerse a ese respecto. Lo que estaba claro era que ya nunca podría contar con la ayuda económica de don Ernesto para comenzar su nueva andadura como cabeza de familia.

Fue entonces cuando su profesor más admirado, Raúl Porras Barrenechea, le consiguió un trabajo que enseguida le pareció magnífico: bibliotecario en el Club Nacional. El día en que acudió a él para contarle su nueva e inesperada situación, el profesor Porras lo atendió con la misma delicadeza y

complicidad de siempre. Así lo cuenta el Nobel en sus memorias:

“Lo sé todo. Su padre vino a verme”. Hizo una pausa y, con elegancia, salvó el escollo: “Estaba muy nervioso. ¿Un hombre de carácter, no?”. Traté de imaginar lo que había podido ser esa entrevista. “Lo tranquilicé con un argumento que a él podía hacerle efecto”, añadió Porras, con esa chispa de malicia que le brotaba de los ojos cuando decía maldades: “Después de todo, casarse es un acto de virilidad. No es tan terrible, pues. Hubiera sido mucho peor que el muchacho le saliera un homosexual o un drogadicto, ¿no es cierto?”. Me aseguró que, al partir de la calle Colina, mi padre parecía más calmado. “Usted hizo bien en no venir a contarme lo que planeaba”, me dijo Porras. “Porque hubiera tratado de sacarle ese disparate de la cabeza. Pero ya que está hecho, habrá que conseguirle algunos ingresos más decentes”. (Vargas Llosa 1993: 335)

Y así fue como llegó a trabajar en la biblioteca. El presidente del club, Miguel Mujica Gallo, era cazador de fieras y coleccionista de oro, un hombre tremendamente rico, que había colocado a Porras al frente de la biblioteca del club. El organismo se había fundado en 1855, siendo la institución de la-

alta sociedad más antigua de América del Sur, y actualmente, es considerado todavía como uno de los diez mejores, más exclusivos y elegantes clubes de todo el mundo. El edificio que lo alberga es un lujoso palacio neorrenacentista que se encuentra en la plaza San Martín, en el centro histórico de Lima. Por dentro parece un club inglés, por la calidad y el estilo de sus muebles, sillones y decoración, por la elegancia de sus salones. La biblioteca es una de sus joyas más exquisitas, con un artesanado de caoba que impacta al visitante. Mario se sentía allí como en el paraíso. Además, su trabajo no era demasiado absorbente: debía fichar las nuevas adquisiciones, colocarlas en su lugar y ordenar los ficheros. Eran dos horas diarias, por las mañanas, en las que, generalmente, no había mucho que hacer, porque las adquisiciones no eran tantas. Por eso, aprovechaba ese tiempo en la biblioteca para hacer lo que más le gustaba: leer y escribir. También estudiaba, ya que se encontraba en esos momentos realizando

las carreras de Derecho y Letras en la Universidad de San Marcos.

La biblioteca era bastante buena, así que no tenía que llevarse libros, sino que agarraba los que más le interesaban, e iba devorándolos de dos en dos horas. Le llamó la atención la estupenda colección que había de revistas y novelas eróticas, algo que influyó mucho en algunos de los temas recurrentes en su propia narrativa. Repasó al completo la serie *Les maîtres de l'amour*, dirigida por Apollinaire, que le llevó directamente a escritores como Sade, a John Cleland, o al pintoresco Restif de la Bretonne, obsesionado con el pie femenino. Pero lo que más le impactó no fueron los argumentos de las obras o las escenas concretas, sino el aire de libertad en lo social y de rebelión, en todos los órdenes de la vida, también en lo artístico, de aquellos libros y revistas. Por supuesto, también atendía en aquellas horas a quienes desearan consultar un libro o leer un rato, facilitándoles el ejemplar que buscaban. Nadie como él sabía el sistema que se utilizaba para encontrar los libros en las estanterías, no solo porque confeccionaba y colocaba las fichas, sino porque había navegado por los estantes hasta memorizar dónde descansaban los libros que más interés tenían, con el fin de leerlos en sus horas muertas.

El sueldo no era nada del otro mundo, ya que el tiempo que invertía en ese trabajo y la cantidad del mismo no justificaban unos emolumentos generosos. Sin embargo, Porrás Barrenechea no cesaba de conseguirle trabajos temporales, que combinaba, por el horario, con el de la biblioteca. El más curioso era el de fichar tumbas de los cuarteles más antiguos del cementerio colonial de Lima, pues sus registros se habían extraviado. Así, uno tras otro, llegó a tener seis trabajos, y al año siguiente siete, lo que significaba que Mario y su tía y esposa Julia podían vivir más o menos bien en la Lima de los años cincuenta.

Pero ese empleo como bibliotecario no fue el único relacionado con los libros que Vargas Llosa ejerció en aquel y otros recintos, para él, sagrados. Mucho más importante ha sido, durante los últimos cincuenta años, el “otro trabajo” que ha realizado en bibliotecas de todo el mundo. No en vano ha afirmado que “en mi memoria, los recuerdos de los países y las ciudades están en buena medida determinados por las imágenes y anécdotas que conservo de las bibliotecas” (Vargas Llosa 2001: 188-189). Desde sus años universitarios se habituó al estudio y a la escritura en ellas. La primera fue la de la Universidad de San Marcos, en la vieja casona de aire denso y colonial, donde los libros exhalaban un polvillo que hacía estornudar. Luego fue la del Club Nacional. Más tarde, la Nacional de Perú, también en Lima, donde había mucho ruido, tanto de los visitantes como de los celadores, que mandaban callar a aquellos con estridentes silbatos. Cuando llegó a Madrid, a finales de los cincuenta, su recuerdo de la Nacional era sobre todo *térmico*: tenía que llevar un abrigo para ponérselo allí y no resfriarse, mientras leía ávidamente todos los libros de caballerías. En París recordaba





la incomodidad, pues los asientos estaban muy juntos, y constantemente los lectores se molestaban unos a otros con codazos involuntarios. Cuenta el Nobel que un día, leyendo un libro loco sobre locos, *Les enfants du limón*, de Raymond Queneau, levantó la vista del libro y se dio de bruces con Simone de Beauvoir, que se encontraba frente a él escribiendo un libro.

Algunas bibliotecas le sorprendieron por sus criterios de compra. Pensaba un día en las escasas adquisiciones que se hacían en su época de bibliotecario en el Club Nacional de Lima, y se le ocurrió preguntar a un erudito chileno, encargado de la sección de libros hispanoamericanos de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, en Washington, sobre las pautas que utilizaban para aumentar los fondos en español, y el bibliotecario le respondió: “Facilísimo. Compramos todos los libros que se editan” (Vargas Llosa 2001: 189), algo que también se seguía al pie de la letra en la Universidad de Harvard, cuya biblioteca recordaba el peruano como un laberinto donde nunca llegó a orientarse en todo el semestre que estuvo allí, lo que le dificultó la selección de libros que deseaba leer, porque nunca los encontraba. En la de Princeton tuvo una revelación feliz, pues al encontrar una cita sobre el culto de Dionisios en la antigua Grecia, cambió radicalmente la novela que estaba escribiendo entonces, para tratar de orquestar una recreación moderna y andina de aquel mito sobre las fuerzas irracionales y el don de la ebriedad. Ahora bien, de todas las bibliotecas de los Estados Unidos, en la que más cómodo se ha sentido es en la Pública de Nueva York, en la calle 42 y la Quinta Avenida, ese magnífico edificio ajardinado, de amplios techos, que posee una colección impresionante de libros de todo el mundo. Es quizá la biblioteca pública más importante del mundo. Allí, asegura el Nobel, la eficiencia era el distintivo más vistoso. No se necesita carnet de inscripción, los libros se piden y son despachados en pocos minutos, y el ambiente de silencio sepulcral es subyugante. El único defecto es la incomodidad de sus asientos.

Y en Europa, su biblioteca preferida siempre ha sido el Reading Room de la British Library. Los años que Mario pasó viviendo en la capital inglesa fueron de un aprovechamiento colosal. Yo tuve la suerte de entrevistarle en su biblioteca particular, en un ático lleno de libros e hipopótamos, con una mesa amplia y todas las comodidades a su alcance. En aquella época, dividía el día en dos, y una parte trabajaba en la casa, y la otra en el Reading Room. Allí encontró, en sus catálogos, una minúscula revista que los padres dominicos de la misión amazónica publicaban en aquellas remotas tierras, a mitad del siglo XX, y que son uno de los pocos testimonios sobre los indios machiguengas, sus leyendas, su mitología, sus costumbres, su cultura, su lengua. Lo que

llevaba mucho tiempo tratando de conseguir como fuera en Lima, y no fue capaz, estaba allí completo, un material de trabajo impresionante para algunas de sus novelas. Pero ese idilio con el Reading Room no duró para siempre. Hace ya muchos años que el lugar fue devuelto a su dueño, el Museo Británico, y se construyó otra sede para la biblioteca en un barrio mucho menos atractivo e intelectual, lleno de chulos y prostitutas.

*A Vargas Llosa se le ocurrió preguntar a un erudito chileno, encargado de la sección de libros hispanoamericanos de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, en Washington, sobre las pautas que utilizaban para aumentar los fondos en español, y el bibliotecario le respondió: “Facilísimo. Compramos todos los libros que se editan”.*

Con el tiempo, Mario se trasladó a vivir a España, y en su casa de la calle Flora ha creado un ambiente parecido al de su apartamento de Londres, solo que en la capital española, la biblioteca de su casa es la piedra angular de todo el piso. Nada más traspasar la puerta de entrada puede observarse el amplio espacio lleno de estanterías y de libros, con una mesa en el lado derecho, según se entra, delante de la puerta que lleva a la terraza. Cuando adquirió el inmueble, su idea fue la misma que en Londres: vivir en un lugar donde pudiera escribir a gusto durante una parte del día e ir andando a la Biblioteca Nacional para trabajar allí la otra sección de la jornada. La otra biblioteca personal del peruano, aparte de la de París, se encuentra en su ático de Barranco, en Lima. Otro ejemplo de lugar abarrotado de libros y cómodo para trabajar. Las temporadas que pasa en su país suele escribir allí, más a gusto que en las públicas de Lima. Aquellas son un lejano recuerdo de los años cincuenta y, además, la mayor parte del año transcurre en Europa para el peruano, ya que en su tierra tiene siempre más compromisos familiares o amistosos, y dedica menos tiempo al estudio. Tanto en la de Madrid como en la de Lima, aunque sean bibliotecas personales, aplica un criterio profesional similar al que mantuvo en los años de trabajo en el Club Nacional. En la capital de España, su biblioteca más joven, hay unos 5.000 volúmenes,

y en la de Lima, la más veterana, más de 20.000. Lejos de constituir un caos, en esos lugares míticos y mágicos hay un orden espectacular: siempre puede encontrar lo que busca porque ha contratado personas que hacen lo que él realizó en su juventud: fichar libros y darles una ubicación precisa. Eso sí, con una gran diferencia con respecto al siglo pasado: ahora, todo el sistema está informatizado, y no tiene más que acudir a la pantalla de su ordenador para encontrar rápidamente cualquier ejemplar que necesite.

El peruano siempre ha sido un *librodependiente*. Viaja constantemente a todo el mundo con maletas llenas de libros. Es su modo de concebir la escritura: sin la información, sin la investigación, no habría novelas. Por ejemplo, más de veinte años pasó revisando bibliotecas dominicanas, haciendo entrevistas, viajando a la isla con asiduidad, para escribir *La fiesta del Chivo*. Algo similar podría decirse de otras novelas históricas que ha escrito como *La guerra del fin del mundo* o su última entrega, *El sueño del celta*. Si consultamos las páginas de agradecimientos de esta, al final del libro podremos ver la gran cantidad de bibliotecas que visitó en Europa, África y América para obtener los datos de la vida de Roger Casement y la historia de la colonización africana desde Europa, así como las incursiones de los países europeos en la selva amazónica para explotar sus riquezas.

Por eso, no extraña que desde hace años se haya lanzado a una campaña en defensa de los libros, de los de verdad, los que tienen páginas, portadas, se llenan de polvo y huelen a rancio cuando pasa el tiempo. En 2001 criticó duramente unas palabras que Bill Gates pronunció en Madrid, al término de un discurso en la Real Academia Española, cuando se refirió, en conferencia de prensa, al mayor deseo que luchaba por hacer realidad: la desaparición definitiva del papel, para dejar paso al e-book como única forma de soporte. Gates explicó que las pantallas de ordenador están ya preparadas para sustituir con éxito al vetusto papel,

que ocupa demasiado espacio y necesita mucha energía y materiales para su confección. Con ello se evitaría, a su juicio, la devastación de los bosques y se contribuiría a la regeneración del medio ambiente. Vargas Llosa comentó que, si hubiera estado presente en esa conversación, habría abuchado a Bill Gates, aun reconociendo los maravillosos adelantos técnicos que la informática ha traído a nuestra civilización. Y terminaba diciendo:

No consigo hacerme a la idea de que la lectura no funcional ni pragmática, aquella que no busca una información ni una comunicación de utilidad inmediata, pueda integrarse en la pantalla de una computadora, al ensueño y la fruición de una palabra con la misma sensación de intimidad, con la misma concentración y aislamiento espiritual, con que lo hace a través del libro. Es, tal vez, un prejuicio, resultante de la falta de práctica, de la ya larga identificación en mi experiencia de la literatura con los libros de papel, pero, aunque con mucho gusto navego por Internet en busca de las noticias del mundo, no se me ocurriría recurrir a él para leer los poemas de Góngora, una novela de Onetti o un ensayo de Octavio Paz, porque sé positivamente que el efecto de esa lectura jamás sería el mismo. Tengo el convencimiento, que no puedo justificar, de que, con la desaparición del libro, la literatura recibiría un serio maltrato, acaso mortal. (Vargas Llosa 2002: 392-393)

Solo puede hablar así un hombre matrimoniado con los libros desde su infancia, matrimoniado con las bibliotecas en cualquier lugar del mundo, matrimoniado con la literatura desde el crepúsculo de la mañana al de la noche, que va esparciendo por todos los rincones de la tierra y en todos los idiomas de este mundo y de los otros, páginas memorables para la historia de la literatura universal. ▀

**Bibliografía**

- Vargas Llosa, Mario (1993). *El pez en el agua*. Barcelona: Seix Barral.
- Vargas Llosa, Mario (2001). *El lenguaje de la pasión*. México: Alfaguara.
- Vargas Llosa, Mario (2002). *La verdad de las mentiras*. Madrid: Alfaguara.

**Ficha técnica**

**AUTOR:** Esteban, Ángel.

**FOTOGRAFÍAS:** <http://lavozdelamemoria.wordpress.com/tag/mario-vargas-llosa/> (pág. 72) y <http://www.diariofemenino.com/ocio/fotos/mario-vargas-llosa-presidira-consejo-artistico-teatro-real-madrid/> (pág. 74).

**TÍTULO:** El bibliotecario Vargas Llosa, y sus múltiples relaciones matrimoniales.

**RESUMEN:** El escritor peruano Mario Vargas Llosa trabajó como bibliotecario en el Club Nacional de Lima desde 1955 a 1958. Allí se dedicó sobre todo a clasificar y ordenar las nuevas adquisiciones, y también atendió a los usuarios. Durante el resto de su vida, Vargas Llosa ha sido usuario de otras muchas bibliotecas de todo el mundo como profesional de la escritura. En este artículo se explica la relación tan estrecha que el premio Nobel peruano ha mantenido con diversas bibliotecas públicas y con las suyas particulares.

**MATERIAS:** Vargas Llosa, Mario / Autores Literarios / Bibliotecarios.